

Antropología del amor

Brian Ernesto Vera González

¿Qué es el amor?, ¿existe el amor?, ¿cómo existe el amor?, ¿cuántos tipos de amor existen?, ¿el amor puede sentirse, verse, tocarse?, ¿deja de sentirse el amor?... Parece que el amor tiene muchas más incógnitas de las que podrían responderse, aún con ello, aquí se intenta problematizar sobre algunos elementos que conforman y circundan el amor, comprendiéndolo como un sentir humano, principalmente sobre lo que significa ser un ser que ama y, al mismo tiempo, es amado.

Se puede mencionar que el amor existe de múltiples formas, en un sentido ontológico es una abstracción del pensamiento, puesto que nadie ha visto cómo se vería el amor concretamente, si acaso es rojo como solemos asociarlo en nuestro imaginario social, o sólo se trata de una segregación continua de dopamina desde el cerebro, el sistema nervioso y endocrino.

Podríamos reafirmar que existe porque podemos sentirlo, es decir, genera una serie de reacciones en nuestro cuerpo, en nuestra mente y aún más allá de las reacciones biológicas; el amor es simultáneamente vivencial, lo experimenta el sujeto, lo interpretamos, significamos, lo creamos y construimos, agregando que también es social; se comparte con los demás (a veces seleccionamos con quién compartirlo y, otras veces, sin

darnos cuenta ya lo estamos sintiendo por quien menos lo imaginábamos).

El proceso de conformación del amor puede ser una posibilidad para reflexionar algunas cualidades humanas, y que dentro de la moral en curso, suelen censurarse como parte de la experiencia fenomenológica del sujeto. Por lo que el objetivo de las siguientes líneas será intentar hacer explícitas esas cualidades; a estas las podemos contemplar cuando estamos amando a alguien pero, es igual de probable que esto suceda cuando nos están amando, pero ¿qué cualidades hace emerger el amor a la consciencia?

La primera de ellas es que los humanos no sabemos cómo actuar ante la existencia de la vida, y el amor nos lo recuerda a cada momento, por más que queramos creer que sabemos cómo actuar ante las circunstancias vitales, nada es igual. Nada se repite, cada experiencia que el amor nos genera es tan diferente y única que requiere de nosotros un esfuerzo constante y pertinente de atención, sin bajar la guardia. Y aun con eso, no se elimina la posibilidad de equivocarse al vivir o amar.

Otra cualidad es que los humanos somos inacabados, necesitamos de nuestra propia vida para lograr construir algunas nociones del conocimiento, y por más que tengamos experiencias

en el amor, éste siempre nos enseña algo nuevo, algo que cambia. Y es que los humanos que vivimos entre tanta incertidumbre buscamos generar lazos de continuidad, lo que involucra una contradicción en nuestra existencia entre la permanencia, la mutabilidad y el caos.

Con el intento por la continuidad en el amor, y que éste no siempre resulta como lo esperamos, comprendemos que los humanos somos perfectibles, más nunca perfectos. Intentamos hacer las cosas con la mayor cantidad de detalles posibles para por fin conseguir un momento, más o menos perdurable, en el escenario del amor. Pero olvidamos otros, y el amor juzga hasta los más mínimos detalles, haciéndonos dudar su veracidad. Aunque tampoco significa estar estresados todo el tiempo por lograr la anhelada perfección, pero sí estar atentos a la delicadeza, esfuerzo y sutileza que involucra.

Quedan un par de valores humanos que describir, aunque parece oportuno mencionar que nunca debe perderse de vista que el amor es libertad, ya que “uno solo conserva lo que no amarra” (*Guitarra y vos*, Jorge Drexler, 2005), aunque nuestra lógica moral nos hace pensar que al amar y tratarse de un esfuerzo propio, el amor nos pertenece, al grado de que lo cosificamos; como si se tratara de un objeto inanimado, y que puede ser usado cuando se nos ocurra. Sin embargo, esa cosificación es todo, menos amor.

Debemos buscar como humanos que la libertad sea el esplendor del amor, con las cualidades de la exploración, el descubrimiento, la curiosidad, el acompañamiento, la corresponsabilidad y, sobre todo, el espíritu de compartir; bajo la premisa de esperar que el amor nos permita conocer la diversidad de las formas en que los humanos podemos ser. En otras palabras, convivir con la diferencia y aceptarla nos permite generar una plenitud de aprendizajes.

Por este motivo, los humanos somos contingencia, es decir, que el amor es una posibilidad de cómo podemos lograr sentir e interpretar la cosas y llenarnos de experiencias; por lo que no solo existe un solo tipo de amor, una forma de amar o de que nos amen. La paciencia y templanza para decidir qué amor nos gusta más e intentar hacerlo parte de nuestras vidas requiere atención sobre la atmósfera que lo conforma; siempre en su misma circunstancia de posibilidad, sin olvidar que un día puede que esto cambie o se acabe.

Problematizando la condición humana, sobre cómo nos relacionamos y el amor que sentimos, cabe recordar que somos seres conflictivos: no nacemos con la capacidad de saber cómo actuar frente nuestros semejantes, o cómo expresar el amor, la tarea de aprender a actuar, pensar y discursar requiere de toda la vida, no existe un punto en que seamos expertos del amor.

Quizá podríamos mencionar que somos un tanto conocedores de algunas experiencias que involucran el tema. Siendo el conflicto de nuestro ser lo que este puede llegar a ser (lo que queremos que el amor sea) y lo que este es en la realidad (aquello tácito que es el amor, incluyendo sus defectos ante nuestros ideales); lo que mantiene la continuidad de su existencia.

Después de esto, parece que el amor y los humanos son una conjunción bastante frágil y, a decir verdad, lo son, somos una especie endeble. Entonces, ¿el amor es, o no, viable para los humanos? Por supuesto que sí, el amor es una de las pocas respuestas para el cambio de nuestra especie, aun con lo sutil y delicado que es construir el amor, no deja de ser una experiencia de aprendizaje y validez del tiempo, esfuerzos, sentimientos y trascendencia de nuestro propio yo, para lograr involucrarnos con otros (nuestra familia) o alguien en particular (alguna pareja); el amor es un acto de empatía que rompe con el egoísmo que tanto azota a nuestra época.

“Amor es todo lo que hay, lo que hace al mundo girar, amor y sólo amor, no puede negarse. No importa lo que pienses, no serás capaz de hacer nada sin él” (*I threw it all away*, Bob Dylan, 1969).